

5º. Domingo de Pascua. Año C

Lectio divina: Jn 13, 31-33a.34-35

El evangelio nos ha situado hoy en ese momento, excepcional, de la vida de Jesús en el que, acercándose la hora de su muerte, confió a sus discípulos, como última voluntad, el precepto del amor fraterno. Como le quedaba poco tiempo que pasar entre los suyos, se ciñó a lo esencial en cuanto tenía que decirles: la gloria de Dios va unida a la gloria de su Hijo y ésta se consigue donde los discípulos de Jesús son reconocidos entre los hombres, porque logran amarse mutuamente. En aquella última noche de convivencia e intimidad Jesús dejó dicho a sus discípulos que el mundo lograría conocerle como hijo de Dios, si pudiera reconocerlos como discípulos suyos. Que los hombres darían gloria a Dios, si ellos pudieran distinguirse por el amor que se tienen. Estas últimas palabras de Jesús deberían ser para nosotros, como lo fueron para los primeros discípulos, fuente de consuelo y, al mismo tiempo, motivo de preocupación.

31Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús:

“Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. ³²Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará.

³³Hijos míos, me queda poco tiempo de estar con vosotros.

³⁴Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también entre vosotros.

³⁵La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros”.

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

Para entender el texto, parte en extremo breve de un largo discurso de adiós (Jn 13,1-14,31), hay que recordar el *contexto*: el traidor, al descubierto, acaba de abandonar el cenáculo. Las palabras de Jesús son, pues, *palabras para íntimos*, que no aún fieles. A ellos confía Jesús tres motivos : la hora de la gloria ha llegado, el tiempo de estar junto a ellos se acorta, en el entretiempo, el amor mutuo se hace obligatorio. Cada confidencia tiene consecuencias diferentes

1ª. La *glorificación* atañe a Jesús y a Dios, aunque no por igual. Los discípulos, a lo sumo, serán testigos. La tarea del Padre es glorificar al hijo y en él ser glorificado. La gloria de ambos se realiza la muerte en cruz. La muerte cruenta es aquí “acontecimiento” que toca a Dios, que lo llena de gloria. ¡Bonita forma de *ver* la cruz!

2ª. Que el tiempo de estancia de Jesús entre los suyos esté por finalizar anuncia un tiempo *largo de orfandad*. Los que saben que Jesús va a morir y será glorificado habrán de acostumbrarse a vivir *sin* él. El motivo se retomará más adelante, aquí simplemente se anticipa: la gloria de Jesús impone el abandono de los suyos. El Jesús glorificado es un Jesús que deja a sus discípulos, experiencia ésta que está en el corazón de los hechos pascales.

3ª. El *amor* es tarea de discípulos *huérfanos* de su Señor. Durante el tiempo del abandono tendrán que *amarse mutuamente* (¡amor al condiscípulo, al que vive con nostalgia del Señor Jesús!) y con la misma medida que fueron amados (entregando la vida por el amado). El amor fraterno es el quehacer del cristiano *mientras* no conviva con su Señor: en la ausencia, tiene que ocuparse (es imperativo) del hermano *como* se ocupó de él Cristo, entregándole la propia vida. La obligatoriedad no se agota en el amor mutuo, incluye también la manera de amar: Imponiendo el amor mutuo, Jesús indica el destinatario del amor (sus íntimos que han quedado huérfanos), y la manera del amor (hasta el extremo, dando la propia vida).

II. Meditación: aplicar a la vida lo que dice el texto

Una vez que el traidor ha abandonado su círculo íntimo, Jesús puede desvelar a los que le quedan fieles la llegada de su hora y la necesidad de su partida. Quien le iba a entregar no es digno de escuchar las razones de su entrega: la gloria de Dios y el amor fraterno van a ser posibles en el momento en que él se entregue. Gloria de Dios y amor mutuo coinciden: Dios será glorificado..., ¡cuando Jesús muera! Los discípulos pueden, y por tanto deberán, entregarse unos a otros porque Jesús entregó por amor.

No habría que olvidar, para no vanalizar el mandato del amor mutuo, que Jesús se lo confió a sus íntimos, los que le quedaron fieles hasta el final. Y que se lo confió, cuando él había sido entregado ya por uno de los suyos y cuando se aprestaba a entregarse por todos los que iban a ser suyos. Exigir amor mutuo lo puede hacer quien, habiendo amado hasta el extremo, lo ha posibilitado. Y puede intentar amar al hermano quien antes ha sido fiel a su Señor. El traidor no pudo amar, supo entregar no entregarse: quien no entrega a Cristo a los demás ha de poder entregarse a ellos en cuerpo y alma. La gloria de Dios y el amor fraterno no es un asunto sentimental, sino empeño de la vida.

El mandato nuevo de Jesús - reparemos en ello - lo recibieron sólo los íntimos, aquellos que pasaron la vigilia previa a su muerte junto a él y compartieron su última comida y sus confidencias. Sólo ellos, que se arriesgaron a estar con quien era ya buscado y ya había sido traicionado, conocieron que debían amarse mutuamente, si querían ser vistos como sus discípulos. El evangelista recuerda que Judas el traidor ya no estaba con Jesús y da por supuesto que Jesús descubrió su última voluntad sólo a los que le quedaban fieles: conocer la existencia del mandato de Jesús supone poder contarse entre sus allegados; conocer la obligación de amar al hermano es saberse íntimo de Jesús. Sólo el amado por Jesús sabe que debe amar a sus hermanos: el mandato del amor mutuo es el secreto que Jesús reserva para los que ama.

No lo deberíamos olvidar: en vez de sentirnos defraudados por nuestra incapacidad real para cumplir su mandato, antes incluso de sentir el peso insoportable de su carga, tendríamos que sentirnos reconfortados al sabernos íntimos de Jesús; si Jesús impuso el precepto del amor fraterno sólo a cuantos le acompañaron aquella noche, y si nosotros sabemos hoy que tal precepto nos alcanza, quiere decir que podemos sentirnos, más que simples discípulos, amigos amados de Jesús. Saber que tenemos que amar a los demás implica, pues, saberse amado por Jesús: quien nos dio el mandato nos había dado antes su amor y daría la vida para probárnoslo. Cristo Jesús nos exige sólo cuanto nos dio.

Os doy un mandato: que os améis como yo os he amado. Jesús no pide de nosotros lo que no ha hecho posible: si exige que nos amemos, es porque ya nos ha amado; tiene exigencias sobre nosotros, porque nos ha tenido predilección; nos manda que nos queramos, porque nos quiere. La prueba de que nos ama es que nos ha obligado a amarnos. Ciertamente podría haber escogido otro modo de probarnos su amor, que nos resultara menos penoso a nosotros o más agradable; pero quien ama primero es quien elige los gestos y el objeto de su amor. En vez de quejarnos por haber sido amados, pensemos mejor en cumplir su voluntad: no es casual que cuanto más imposible se nos hace el amar de verdad a los demás tanto menos nos sentimos amados por Dios.

El cristiano no puede ilusionarse en alcanzar intimidad con su Dios sino se esfuerza en amar al hermano; si nos sentimos desasistidos por Dios, si no percibimos sus atenciones, no es porque ya no nos quiera, sino porque hemos dejado desasistido al prójimo y no queremos atenderle. Difícilmente podemos sentir el amor que Dios nos tiene si no nos sentimos comprometidos a amarnos, como Él nos ha mandado. No deberíamos exigir a Dios que nos ame, cuando no cumplimos su exigencia de amarnos unos a otros. El amor que Dios nos tiene es gratuito, pero no quiere decir que no tenga consecuencias: sólo se siente amado de Dios quien intenta amar al hermano; porque sólo sabe que Dios le ha amado, quien sabe que debe amar al prójimo. El amor fraterno es la contrapartida, la exigencia que cumplir, para experimentar el amor que Dios nos tiene. Y el hecho de que sea tan difícil no es buena excusa; más gravoso le fue a Dios amarnos, puesto que tuvo que entregar a su único Hijo.

Está, pues, a nuestro alcance sabernos íntimos de Jesús: el amor fraterno es el camino que tenemos que recorrer para obtener el amor de Dios. Y ello no deja de ser consolador, aunque resulte en extremo difícil. Pero es que, además, de ello depende que Dios sea conocido y glorificado. El amor fraterno es la señal que Jesús ha querido dejar en el mundo antes de su partida: prueba de que nos sigue amando es que, incluso en su ausencia, quiere que nos amemos unos a otros. Y lo dejó mandado a sus discípulos cuando los dejó en el mundo: que los dejase con la obligación de quererse es la mejor prueba de que no los quiso dejar abandonados; el amor entre los hombres, algo que nos resulta hoy tan raro en nuestros ambientes, tan escaso, tan simplemente increíble, es la mejor demostración de que existe un Dios que se cuida de los hombres: ¿quién, si no, podría obligarnos a amar? Debería dejarnos preocupados que dependa de nuestra capacidad de amar al otro el que los hombres puedan glorificar a nuestro Dios; la señal que Jesús les ha dejado para conocer a Dios depende de nuestro esfuerzo por amarnos. Ni más ni menos.

En vez de ocuparnos en lamentaciones y condenas por lo mal que está nuestro mundo, haríamos bien en escuchar lo que nos recuerda el evangelio hoy. No hay más ignorancia sobre Dios porque se sepa decir menos cosas sobre Él, no hay menos adoradores de Dios porque se visiten menos los lugares de culto; no niegan a Dios los ateos, no lo olvidan quienes nunca se interesaron por Él; el problema está en quienes nos confesamos discípulos de Jesús y vivimos desobedeciéndole, porque no nos amamos; tan despreocupados vivimos por Dios, tan desinteresados en vernos identificados como discípulos de Jesús que no nos esforzamos, - ¿nos lo hemos propuesto alguna vez en serio? - por amarnos unos a otros, como él nos ha amado y porque nos lo ha mandado.

Pasar desapercibidos en nuestro ambiente, porque vivimos igual que los demás, desoyendo con el corazón lo que escuchamos de sus labios, condena a Dios a pasar, también Él, desapercibido en nuestro ambiente. Si los discípulos de Cristo no nos esforzamos por amarnos, ¿quién dará gloria a nuestro Dios? Precisamente porque no es usual, porque contradice lo que a diario resulta evidente, el amor al hermano es prueba del triunfo del amor de Dios: allí donde hay alguien que ama de verdad, allí no ha muerto en balde Cristo y es glorificado Dios. La gloria de Dios se manifiesta, mejor que en un bello amanecer, en la vida del cristiano que se entrega por amor a los demás.

Si realmente nos dice algo Dios todavía, si en verdad nos interesa que sea reconocido, si nos preocupa que se le esté echando en olvido, pongámonos a la obra: intentemos hoy lo que ayer creímos era inútil o imposible, atrevámonos a juzgar bien, a apreciar mejor, a querer más a cuantos comparten con nosotros la fe y el amor a Jesús. Cuando los otros vean que nos amamos de verdad, reconocerán que sólo Dios pudo hacer el milagro: reconocerán que Dios sigue queriendo al

hombre, si aprecian los esfuerzos que hacemos por querernos unos a otros. Que Dios sea glorificado hoy está en nuestras manos; depende de nosotros que sea querido.